



## HISTORIA DE SORAYMA Y GUILLERMO: SÓLO QUEREMOS QUE NUESTROS HIJOS VIVAN TRANQUILOS

**G**uillermo Pacheco tenía 32 años, era un hijo responsable y un padre amoroso de dos niños, cuando el 29 de abril de 2016 hombres armados llegaron a la gasera en donde trabajaba y se lo llevaron. Su familia y él son originarios de San Blas, un pueblo cuya historia reciente ha estado marcada por la violencia y donde muchas casas han quedado vacías a raíz de que sus habitantes decidieron dejar sus tierras y buscar una mejor vida en otras regiones del estado.

La familia de Guillermo es de las que han decidido quedarse y tratar de sobrevivir con lo poco que ofrece la región. Don Miguel, su padre, fue jornalero en su juventud, pero lo poco que ganaba no daba para vivir, así que se volvió albañil y trabajó toda su vida en la construcción. Era un trabajo muy duro que acabó con su salud. Doña Angelita también ha trabajado toda su vida, durante muchos años limpió casas y ahora que su salud se ha deteriorado después de una embolia cerebral se dedica a hacer tortillas de harina y gorditas para unos familiares que la contratan. Ante las necesidades económicas que había en su casa, Guillermo y Miguel, su hermano, empezaron a trabajar desde que eran niños y dejaron la escuela al terminar la primaria.

Doña Angelita nos cuenta que cuando Guillermo era niño las cosas estaban muy difíciles en el pueblo. Ya habían pasado los buenos tiempos cuando San Blas era un pueblo tranquilo que vivía de la agricultura y era una parada obligada del tren, en donde mucha gente podía vender comida y otros productos agrícolas a los pasajeros. Con nostalgia describe cómo el dinero fluía, la gente llegaba a San Blas de todos los ejidos de la región porque era un punto de abastecimiento de calzado,

comida y mercancías. Había comerciantes que venían desde Los Mochis a abastecerse. También había entonces una despepitadora de algodón donde trabajaba la gente. Sin embargo, con la construcción de la carretera internacional en los años sesenta, el tren de pasajeros dejó de usarse y sólo pasaba el tren de carga. Después se construyó el ferrocarril Chepe (Chihuahua-Pacífico), pero pusieron la estación en otra comunidad, en El Sufragio, y el comercio en San Blas se murió.

A Guillermo le tocó crecer en un San Blas muy diferente de aquel que conocieron sus padres, había pocas opciones de trabajo y su hermano Miguel decidió irse a Los Mochis a trabajar como mesero. Él optó por quedarse, y desde la adolescencia se convirtió en el principal apoyo económico de sus padres. A los 17 años conoció a Sorayma, que tan solo tenía 15 años; se enamoraron y Guillermo se la llevó a vivir con él. Desde entonces Sorayma se convirtió en una hija más para los papás de Guillermo. Doña Angelita bromea y nos cuenta que ella le decía a su hijo: “Si alguna vez te separas de Sorayma, nosotros nos quedamos con ella, así que ni lo pienses”. Doña Angelita relata que a Guillermo le gustaba cocinar y la ayudaba mucho en la casa. “Desde niño fue muy trabajador, nuestro principal apoyo económico, y también emocional; él y Sorayma han sido muy buenos con nosotros”.

En 2002 nació su primer hijo, Guillermo, y dos años más tarde la niña, que lleva el nombre de su abuela: Angelita. Los dos trabajaron siempre a la par para sacar adelante a la familia, fueron obreros en una fábrica japonesa de arnés de autos, Contec-Sumitomo. Pero los salarios eran muy bajos y no les daban prestaciones. Unos cuatrocientos trabajadores de San Blas y de comunidades aledañas trabajan en esa nave industrial, pero no tienen contrato fijo, así que cuando no hay producción los despiden, para volverlos a contratar cuando se necesita mano de obra.

En 2009 una racha de violencia afectó a la comunidad, hubo ajustes de cuentas entre los carteles y nueve integrantes de una misma familia fueron asesinados. Se dio entonces una nueva ola de desplazamientos, muchos migraron y las casas vacías le dan ahora a San Blas un aire de pueblo fantasma. Sólo los viejos, las viudas y los niños recorren las calles del pueblo durante el día; los pocos jóvenes que no han migrado

trabajan en la empacadora de arándanos que un norteamericano estableció en el pueblo o se contratan temporalmente en la fábrica japonesa.

Sorayma relata que cuando se salieron de la fábrica de arnés, Guillermo se contrató en una gasera que se abrió en la Y, a las afueras de San Blas, en donde se recarga gas para automóviles y para uso doméstico. Ella no quiso regresar a trabajar a la fábrica: “por puro orgullo ya no respondí cuando me buscaron, no me gustaba cómo nos contrataban y nos corrían cuando se les daba la gana, mejor preferí quedarme a cuidar a mis suegros y a mis niños, porque el mayor es muy inquieto y estaba teniendo problemas en la escuela, yo quería estar cerca de ellos”.

Con orgullo, describe a Guillermo como un hombre súper responsable que rápidamente se convirtió en la persona de confianza de don Alfonso, el dueño de la gasera. Al año de estar trabajando con él, no sólo daba el servicio, sino que era el encargado, la administraba y hacía el corte de caja todos los días. Ella pasaba mucho tiempo con Guillermo en el negocio, pues había una hornilla y muchas veces ella cocinaba ahí. Los fines de semana toda la familia se iba a la gasera y ahí comían y pasaban el día. Mientras relata las rutinas familiares que se desarrollaban alrededor de la gasera, Sorayma aclara, como explicándose a sí misma, que ella no cree que su esposo se sintiera amenazado en su trabajo, pues si él hubiera creído que había peligro no la hubiera dejado ir a ella ni que sus hijos pasaran tanto tiempo ahí.

Sin embargo, un viernes de abril de 2016, un día como cualquier otro, la vida les cambió por completo. Describe con detalle ese último día que pasaron juntos:

Yo había ido a llevarle el almuerzo, y estaba un vecino arreglando su carro, porque Guillermo le sabe mucho a lo de los carros, y siempre lo buscaban sus amigos para que los ayudara. Él estaba abajo del carro, tratando de arreglarlo, cuando llegué con el almuerzo. Comimos juntos, como lo hicimos tantas veces, platicamos, bromeamos, y cuando ya me iba me dijo que me llevara el carro para que no me fuera caminando. Me regresé a la casa, pero cuando dieron las 6 de la tarde y él no regresaba, intenté hablarle y no me respondió, esperé un rato más y en eso me hablaron unos vecinos para decirme que unos hombres armados lo

“habían levantado”. Salí corriendo para avisar a los policías ministeriales de San Blas, estaba tan nerviosa que se me olvidó que me había traído el carro y me fui corriendo por el pueblo. Los ministeriales me tomaron la declaración, pero ni se movieron, tardaron un montón para salir a buscar. Entonces me acordé que tenía el carro en la casa y me regresé corriendo para ir a la gasera. Cuando llegué todavía estaba ahí el amigo que le había llevado a arreglar el carro y me dijo que llegaron dos tipos en una Ram blanca, con vidrios polarizados y sin placas, que le pidieron que llenara un tanque de gas que traían en la camioneta, y cuando Guillermo se acercó ellos lo empujaron adentro y se lo llevaron. En ese mismo momento me fui rumbo a Choix, porque los que vieron lo que pasó me dijeron que la camioneta había tomado ese rumbo. Pregunté por todos lados, pero nadie me dio ninguna pista, la gente tiene miedo y prefiere no hablar.

Desde el primer día que desapareció yo empecé a investigar, porque sabía que los ministeriales no harían nada. ¡Lo único que me dijeron es que yo les avisara a ellos si sabía algo! Primero pensé que estaba vivo y que en cualquier momento regresaría; sabía que no estaba metido en nada, no había ninguna razón para que lo mataran.

Sin embargo, empecé a considerar la posibilidad de que estuviera muerto cuando a las pocas semanas de su desaparición encontraron unos cuerpos en un terreno baldío, cerca de San Blas; eran un hombre y una mujer. Entonces decidí buscar a Chayito, una vecina que era integrante de Las Buscadoras. Fue ella la que me llevó a Los Mochis y me presentó con Mirna Medina. Ellas me asesoraron para que presentara la denuncia en la Procuraduría y me tomaran muestras de ADN. Yo llevé a mis suegros para que les tomaran la muestra, pero no nos hicieron ningún caso, nos dijeron que tenían que pasar tres meses de la desaparición para que se pudieran tomar muestras. Tuvimos que esperar tres largos meses, mientras tanto puse fotos de Guillermo por todos lados, las subí en el *Face* y empecé a asistir a algunas de las reuniones de Las Buscadoras. Pero era difícil para mí dedicarme de tiempo completo a la búsqueda; ahora que Guillermo no estaba, yo era la responsable de la casa. Logré que el dueño de la gasera me diera el trabajo de Guillermo.

Tenía que trabajar para mantener a mis suegros, que están muy mal de salud, y a mis dos hijos, que aún están estudiando.

Trabajaba medio tiempo, y el resto recorría funerarias y hospitales, una vez fui hasta Culiacán porque me dijeron que habían encontrado un cuerpo. Había muchos rumores, unos chamacos me comentaron que habían tirado unos cuerpos por Las Presitas y hasta allá fuimos con Las Buscadoras, pero no encontramos nada. En la Subprocuraduría me tomaron las muestras, pero nunca más se comunicaron con nosotros. Los ministeriales sí duraron alrededor de dos semanas que iban para la casa y me preguntaban muchas cosas, me hablaban por teléfono: que si él usaba armas, que si alguna vez traía cosas a la casa, navajas, pistolas. “No”, le decía yo, nada. O que si recibía llamadas extrañas. “No, pues no”. “¿Y usted cómo sabe?”. “No pues yo sé porque yo aquí me llevo con él”. “Pero en algún momento que usted no esté —me decían—. A lo mejor usted sabe algo y no nos quiere decir”. En vez de investigar era como si quisieran culparnos de lo que había pasado. Yo les respondía: “No, al contrario, si yo supiera les digo. Yo les tengo que decir, si yo quiero que ustedes me ayuden tengo que decirles todo lo que yo sé, si no ¿cómo me van a ayudar?”. Me quedó claro que a través de ellos no encontraría nada.

Mis suegros ya están muy grandes, y a raíz de la desaparición de Guillermo se pusieron peor de salud y yo no quería preocuparlos. Con mi cuñado Miguel no cuento para nada. Sólo con mis compañeras de Las Buscadoras podía hablar de lo que me estaba pasando, porque ellas estaban viviendo lo mismo que yo.

El día que lo encontraron no fui a la búsqueda, porque el día anterior, que era un sábado, había estado en un taller con ellas y no podía tomarme dos días en el trabajo. Así que el domingo 5 de febrero de 2017, cuando lo encontraron, estaba trabajando. Fue Lizbeth, una de mis compañeras, la que me marcó y me dijo que habían encontrado un cuerpo que tenía la licencia de manejar de Guillermo. En cuanto colgué salí a dejar a mi niña a casa con los abuelos y me fui para el lugar del hallazgo, pero para mi mala suerte el carro en el que iba se calentó y nos quedamos tirados.

Ahí empezó una cantidad de vueltas para recuperar su cuerpo; durante cinco días no me hablaron para que hiciéramos la comparecencia. Pero nos dijeron que se podían tardar hasta un mes en que se hicieran las pruebas de ADN, porque se iban hasta Culiacán, a menos que tuviéramos algún conocido que nos pudiera ayudar a agilizar el trámite. Sin pruebas no habría cuerpo. Cuando por fin me entregaron el cuerpo no nos dieron ni un papel, no hubo necropsia ni nada. Como no había fecha de muerte no querían hacernos el acta de defunción, y sin acta no podía hacer ningún trámite. Él tenía unas Afores que yo no he podido recuperar sin el acta. Ya le dimos sepultura aquí en San Blas, con apoyo de Las Buscadoras, pero aún no logro resolver todo el papeleo; de una oficina me mandan a otra, y aunque el acta de defunción ya está pagada no logro que me la entreguen.

Ha sido muy duro para sus padres y para mí, sobre todo porque no logramos entender qué fue lo que pasó, él no estaba metido en nada. Pienso que nunca voy a saber el por qué, ni mucho menos saber quiénes. Como se han visto las cosas, de parte de las autoridades, de parte de la Subprocuraduría, no habrá ninguna respuesta, no les interesa investigar. Sí quiero que se haga justicia, pero la verdad no le deseo a nadie lo que nosotros hemos vivido, ni a los que se lo llevaron, porque el castigo sería para sus familias. Le cambia a uno la vida por completo. Por eso para mí la justicia es que se acabara todo esto. Porque como tengo hijos, algún día voy a tener nietos y nietas, y no me gustaría que ellos vivieran el mundo como lo estoy viviendo yo. Ese sería el tipo de justicia que yo pediría. Más que nada, no que se castigue a los culpables de lo que hicieron o de lo que han estado haciendo, sino que poco a poco se fuera acabando la violencia, que se acabara con todo esto. Que cuando mis hijos tengan a sus hijos vivan tranquilos, que no estén con el miedo de que si se van a alguna parte ya no van a regresar, o que se van a encontrar a alguien que se los va a llevar. Eso sería la justicia para mí.

## NADIE DETIENE AL AMOR

*Se unieron varios corazones  
en una sola oración  
y con la misma misión.*

*No importa el tiempo que transcurra,  
no importa el clima ni la apatía de otros.*

*Se unieron ojos, brazos y piernas  
en una sola fuerza,  
con el mismo objetivo,  
con diferentes historias.*

*Con valor,  
enfrentando a todos,  
van unidas,  
nadie detiene al amor.*

*Éste las hace incansables,  
este amor a lo que en su tiempo llevaron en su vientre  
y fueron motivo de enorme alegría en su vida,  
ahora las hace seguir, buscar hasta encontrar,  
para tenerlos en donde ellas puedan amarlos eternamente.*

MARI CRUZ URIBE